

aviso si había parecido la joya; yo quedé tristísimo que así se hubiese ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bizarra y discreta; yo tenía gana de dormir; dejéme llevar del sueño, mas no pude continuarlo dos horas.

Como ya tenía cuidados, levantéme á solicitarlos; en cuanto me vestí se hizo hora de comer, y estando á la mesa entró la criada, la cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido, y díjome que volvía, si porventura jugando su ama con el rosario, se le hubiese allí caído la pieza; todos la buscamos, mas no pareció, porque no faltaba. Encarecíome que no sentía tanto su valor, como el ser cuya era; figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras á que le comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el día siguiente al amanecer sería conmigo su señora, porque saldría en ahaque de ir á cierta romería. Así me fui con ella á los plateros, y le compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió y ya el ama le habría echado el ojo; con él se quedaron, que nunca supe mas de ama ni moza: ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocía, deseando saber la ocasión de la noche pasada, y si había sido burla; y olvidado de la injuria, volví á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste, y que me esperaba; llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca, y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguien á quien temer, y llegándose á la puerta, dijo que me adelantase acia la iglesia mayor: hicelo así, ella tomó su manto, y llegamos entrambos casi á un tiempo; atravesé por entre los dos coros, y salió á la calle de la Chapinería, guiándome de ojo, que la siguiera. Fuíme tras ella, entré en la tienda de un mercader en el Alcaná, y yo con ella: dióme allí satisfacciones, haciendo mil juramentos no haber tenido culpa ni haber sido en su mano lo pasado. Hinchóme la cabeza de viento; creíe sus mentiras bien compuestas; prometiome que aquella noche lo enmendaría, y aunque aventurase á perder la vida, la arriscaría por mi contento. Rindióme tanto, que pudiera amasarme como cera; compró algunas cosas, que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga, dijo al mercader: ¿cuánto tengo de dar desta deuda cada semana? El respondió: «señora, no las doy por ese precio ni vendo fiado; si vuestra merced trae dineros, llevará lo que ha comprado, y si no, perdone.» Yo le dije: «señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo su bolsa, y soy su mayordomo;» así sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, también saqué mi barba de vergüenza, y á la dama de deuda.

Al punto se me representó haber sido estratagemas para pagarse adelantado y no quedarse burlado, como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenía obligada, y no diera mis dos empleos de aquel día en las dos damas por Méjico y el Perú. Así le pregunté: ¿si su promesa sería cierta, y á qué hora? Asegurómela sin duda para las diez de la noche. Ella se fué á su casa, y yo á entretener el día, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo y volví á la tahona; hice la seña concertada, que fué dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana, mas fué como darlos en la puente de Alcántara. Parecióme quizá no sería hora ó no podía mas; esperé otro poco, y así me estuve hasta las doce de la noche, haciendo señas á tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burlería, que el que decía ser su hermano, era su galán, y se sustentaban con aquellos embebecos, estando de concierto los dos para cuanto hacían. Eran cordobeses, bien tratadas las personas, y entre los mas torcos nuevos que habían cazado, era un mancebico escribanito, recién casado, que picado de la señora, le había dado ciertas joyuelas, y como á mi lo llevaba en largas,

haciéndolo esperar, pechar y despechar; mas cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse. Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oído, y cuando me quería ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente; adelantéme, pareciéndome justicia, y sentí que llamaron á la misma puerta; volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turba-multa; y un corchete, diciendo quien eran, hizo que abriesen. Cuando entraron, me llegué á la puerta por mejor entender lo que pasaba; el alguacil miró toda la casa, y no halló cosa de lo que buscaba. Yo, que quisiera decir: miren las tinajas y echar á huir; á la mi fe, que ya el escribanito sabía si estaban empegadas, que cuidado tuvo de hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas, no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano, se quedó allí; y como se hacía el oficio entre amigos, dijo un corchete: aun este puño dueño tiene, la dama lo quiso encubrir, pero entre tanto volvieron á dar vuelta con mas cuidado; y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande que allí estaba pudiera haber un hombre, lo hizo abrir, donde hallaron al galán; vistiéronse los dos, y de conformidad los llevaron á la cárcel. Yo quedé tan contento cuanto corrido; contento de que no me hubiesen hallado dentro, y corrido de las burlas que me habían hecho.

Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello y en la otra señora que aguardaba, creyendo esquitarme con ella; figurábala entre mí, mujer de otra calidad y término. Todo aquel día la esperé, pero ni aun siquiera un recaudo me envió, ni supe dónde vivía ni quién era. Ves aquí mis dos buenos empleos, y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, á la noche cuando fui á la posada, hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé qué persona; ya ves lo que pude sentir. Díjele á mi criado que me esperase hasta la mañana; salí por la puerta del Cambron, donde pensando y paseando pasé casi hasta el día, haciendo mis discursos, que podía querer ó buscar aquel alguacil; mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa y mudar de vestido y posada: aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba, segun me dijeron. Salí á la plaza de Zocodóver; pregonaban dos mulas para Almagro; mas tardé en oírlo que en concertarme y salir de Toledo, porque allí todo me parecía tener olor de esparto y suela de zapato.

Aquella noche tuve en Orgaz, y en Malagon la siguiente; pero con el sobresalto de que las noches antes no había podido reposar, llegué tan dormido que á pedazos me caía, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado, y fué que entrando en la posada, se llegó á tomar la ropa una moznela mas que criada y menos que hija, de bonico talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños dellas. Habléla, y respondió bien; fuimos adelantando la conversacion, de suerte que concerté conmigo de hablarme cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; díle una pechuga de un capon; brindéla, y hizo la razon; quise asirla de un brazo, desvíose; yo por allegarla y ella por huir cai de lado en el suelo: era la silla de costillas, cogíome en medio, de que recibí un mal golpe, y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta, y dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo dejara pagados mis acreedores.

Volví á preguntar si esperaría; díjome que si falta hubiese yo lo vería, y otras algunas chocarrerías con que se despidió de mí. Las noches antes ya te dije lo mal que se pasaron; tal estaba, que fué imposible resistirme, pero tuve deseo de madrugar, aunque nunca durmiera; y así

mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana y lo metiesen en mi aposento; lo cual hecho, y habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada y se fueron á dormir. Aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo como dicen á media rienda. Ves aquí después de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era del huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió bonico la cabeza por alcanzar algun bocado, y en llegando al harnero meneólo, y procurando entrar sonó la puerta; yo que estaba cuidadoso, poco bastaba para recordarme; ya pensé que tenía los toros en el coso; estaba todavía soñoliento, parecióme que no acertaba con la cama; púsemelo sentado en ella y llaméla. Como la borrica me sintió, temió y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esportón de la paja; yo creyendo que fuese la señora, y que tropezaba en él, salté de la cama diciendo: «entra, mi vida, daca la mano.» Alargué todo el cuerpo para que me la diese; toquéle con la rodilla en el hocico, alzó la cabeza, dándome con ella en los míos una gran cabezada, y fuése huyendo, que si allí se quedara no fuera mucho (con el dolor) meterle una daga en las entrañas. Salíome mucha sangre de la boca y narices, y dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.

CAPITULO IX.

Cómo Guzmán de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de dónde tuvo la mala voz: «En Malagon en cada casa un ladrón, y en la del alcalde, hijo y padre.»

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad causado de un ánimo ocioso, sin principio de razon; sin sujecion á ley, que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al corazon, y dificultoso de salir del; así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no había bien recordado; con esto no pude madrugar; quedéme en la cama hasta las nueve del día. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de meson, y que sus amos la encerraron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentía; y así la dije:

*Vuestros amores, hermana Lucia,
Mal enojado me han:*

Comenzaron por silla, y acabaron en albarda. No me la volveréis á echar otra vez; aderezadnos de almorzar, que me quiero ir. Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me quería partir, las mulas estaban á punto, era la mia mohina de condicion y de mal proceder, quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás, creo que me debía de querer decir que no lo hiciese ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua, para que la entendiese alzando las piernas y dándome dos coces, me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones. Aun esto mas me estaba guardado; dije algo levantada la voz: no hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula.

Subí en ella y por el camino (visto las desgracias que había tenido) les fui contando á mis criados lo de la burla; riéronse mucho dello y mas de mi mozo entendimiento en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pié quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo (dijo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi paje respondió: «antes me parece que nos la hurtaron, por sacar adelante

la fama deste pueblo.» Entonces tuve deseo de saber qué origen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre trajinando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podía preguntárselo á mi hombre de á pié, y le dije: «hermano Andrés, pues fuisteis estudiante y carretero, y agora mozo de mulas, ¿no me direis, si habeis oído, de dónde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y por qué se dijo: *en Malagon en cada casa hay un ladrón, y en la del alcalde hijo y padre?*» El mozo respondió diciendo: «señor, vuesa merced me pregunta una cosa que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere, dejando aparte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinion de algunos á quien lo oí, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado á la razon, que en lo que no la tenemos natural ni por tradicion de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos; y así esto tiene origen que corre de muy lejos, en esta manera:

«En el año del Señor de mil y doscientos y treinta y seis, reinando en Castilla y Leon el rey don Fernando el Santo, que ganó á Sevilla, el segundo año después de fallecido el rey don Alonso de Leon, su padre, un día estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva que los cristianos habían entrado en la ciudad de Córdoba, y estaban apoderados de las torres y castillos del arrabal que llaman Ajarquia, con aquella puerta y muro, y que por ser los moros muchos y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

«Este mismo despacho habían enviado á don Alvar Perez de Castro que estaba en Martos, y á don Ordoño Alvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas que le diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le dieron la nueva en veinte y ocho de enero, y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios. Nada se lo impidió, que partió al socorro; dejando dada orden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban á cien caballeros los que con él salieron. Lo mismo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba; cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y rios que no dejaron pasar la gente. Juntáronse en Malagon cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado, y en algunas á dos y tres. El alcalde hospedó al capitán de una compañía y á un hijo suyo que traía por alferez della. Los mantenimientos faltaban, el camino se trajinaba mal, padeciáse necesidad, y cada uno buscaba su vida, robando á quien hallaba qué. Un labrador gracioso del propio lugar salió de allí, camino de Toledo, y entrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era: respondió, que de Malagon. Volviéronle á decir: ¿qué hay por allá de nuevo? y dijo: señores, lo que hay de nuevo en Malagon, es *en cada casa un ladrón, y en la del alcalde quedan hijo y padre.* Este fué el origen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento della, y es injuria notoria en nuestro tiempo; porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedaje ni de gente mas comedia cada una en su trato. También podré decir que habemos visto en él hurtos calificados de mucha importancia.»

En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados; certifiéme dello y alegréme grande-

mente, que solo eso buscaba para salir de congoja. En llegando á la villa, luego á la entrada della, vi en la calle Real, en una ventana, una bandera: pasé adelante, y fuime á posar á uno de los mesones de la plaza, donde cené temprano, yéndome luego á dormir para restaurar algo de tantas malas noches pasadas. El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban á mis criados quién fuese; y cómo no sabían otra cosa mas de lo que me habían oído, respondían que me llamaba don Juan de Guzmán, hijo de un caballero principal de la casa de Toral. A la mañana temprano mi paje me dió de vestir, compuse mis galas, y oída una misa fui á visitar al capitán, diciéndole como venia en su busca para servirle. Recibíome con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecía muy bien el mío; el vestido y dineros que llevaba, que serían pocos mas de mil reales, porque los otros habían tomado vuelo y hicieron el del cuervo, en vestidos, amores y camino. Asentóme en su escuadra y á su mesa, tratándome siempre con mucha crianza; y en remuneracion dello lo comencé á regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas, ó si como en cada lugar habia de hallar otro especiero, otro río y otro bosque adonde poder ensotarme: tan sin miedo, con tanta prodigalidad lo despedía y arrojaba en dos á siete, y en tres á once, visitaba tan á menudo las tablas de la bandera, que ya, ganando pocas veces y perdiendo muchas, me adelgazaba.

Con esto me entretuve hasta que comenzamos á marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia; de allí fuimos uno á uno saliendo, y cuando á mí me llamaron y el pagador me vió, pareció muy mozo; no se atrevió á pasar mi plaza conforme á la instrucción que llevaba. Encolericéme en gran manera; tanto me encendí, que casi me descompuise á querer decir algunas libertades. De que después me pesara, pues con ello quedaba obligado á mas de lo que era lícito. ¡Oh lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo que me mataban á coces y pescozones, y dellos traía tuerta la cabeza, callaba y sufría, y ahora estimé por el cielo lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces esperimé como no embriaga tanto el vino al hombre, cuanto el primero movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento sin dejarle luz de la razón; y si aquel calor no se pasase presto, no sé cuál ferocidad ó brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Pasóseme aquel incendio súbito, y reportado un poco, le dije: «señor pagador, la edad poca es, pero el ánimo mucho; el corazón manda, y sabrá regir el brazo la espada, que sangre hay en él para suplir cosas muy graves.» El me respondió con mucha cordura: «es así, señor soldado, y lo tal creo con mas veras de lo que se me puede decir; mas la orden que traigo es esta, y en escediendo della lo pagaré de mi bolsa.» No tuve que responder á sus buenas palabras, aunque las colores que me sacó el enojo al rostro no se me pudieron quitar tan presto. Al capitán pesó mucho deste agravio; recibíolo como propio en quitarle mi plaza, creyó que luego dejara su compañía, y vuelto contra el pagador, se alargó con él, de manera que á no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algun grande alboroto. Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitán vino á visitarme á la posada, diciéndome con término bizarro lo que sentía mi pesadumbre; y con palabras y promesas honrosas me dejó contento á toda satisfacción. Tal fuerza tiene la elocuencia, que como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, así á las iras de los hombres las razones comedidas son poderosas para trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos fácilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarlo, su oracion me persuadió en quedarme.

Estuvimos en la conversacion buen rato; y si va á

decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos, y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban dellos algunos ministros por sus propios intereses; cómo se verrán las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin dellas, antes al provecho particular que á cada uno se le sigue; y porque aquel sabe que el otro, aunque con buen celo gobierna y guía, lo tuerce y desbarata, metiendo de traviesa sus enredos, por alcanzar á ser él solo dueño; y por el mismo caso buscará mil rodeos y arcaduces, y aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga á parar á su puerta la danza, puestos los ojos en su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altísimo, y poner su silla en alquilon, y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras enderezadas para sí; como el trabajador que levanta los brazos al cielo y da con el golpe del azadon en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando á sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas, y al fin infernando las almas. Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdidas, cuántos ejércitos desbaratado, de que culpan al que no lo merece, y solo se causa porque lo quieren ellos, que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediere bien, resultará mal para ellos. Así va todo, y así se pone de lodo. Quiere vuesa merced ver á lo que llegó nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España, y les parece que debemos andar como solicitadores, ó hechos estudiantes capigorristas, enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros. Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre español, que otro tiempo peleaba, y con la reputacion temblaba dél todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida; estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos, pues los que fuimos, somos y seremos. Dé Dios conocimiento destas cosas, y enmiende á quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria y contra si mismos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad y de los daños que causa la codicia en privanza: della nace el odio, del odio la envidia, de la envidia disension, de la disension mala orden; infiera de allí adelante lo que podrá resultar; vuesa merced no se alija, que ya marchamos; en Italia es otro mundo, y le doy mi palabra de le hacer dar una bandera, que aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado. Agradéciselo mucho, despedimonos; él quisiera ir solo; yo porfiaba en acompañarlo á su posada, no me lo consintió.

Luego otro dia comenzó á marchar la compañía sin parar, hasta que nos acercamos á la costa; y el señor capitán á la mia, gastando largo. Estuvimos esperando que viniesen las galeras; tardaron casi tres meses, en los cuales y en lo pasado, la bolsa rendía y la renta faltaba. La continuacion del juego también me dió prisa; y así me descompuise, no todo en un dia, sino de todo en lo pasado. Yo quedé cual digan dueñas, pues vine á volverme al puesto con la caña. ¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí á mí mismo! ¡Qué de enmiendas propuse cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuántas trazas daba de conservarme cuando no sabía en cuál árbol arrimarme! ¡Quién me enamoró sin discrecion? ¡Quién me puso galán sin moderacion? ¡Quién me enseñó á gastar sin prudencia? ¡De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitán? ¡Cuánto se halla trasero quien ensilla delantero? ¡Cuánta torpeza es seguir deleites? De seso salía en ver mis disparates, que habiéndome puesto en buen predicamento, no supe conservarme; ya por mis mocedades ni era temido

ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve, la mesa franca de capitán y alférez, la escuadra en que me deseaba alistar, parece que el solano entró por ello y lo abrasó: pasó como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar de ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron á descomponer poco á poco, pieza por pieza; quedé degradado, fué el obispo de San Nicolás respetado el dia del santo, y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenían, los que acudían á mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa, me dieron de mano, ninguno me trataba, nadie me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitían los acompañarse. Hedió el oloroso, fué mohino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre; y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar, mi trato, mi conversacion era ya con muchileros, y en eso viene á parar, y es justa justicia, que quien tal hace, que así lo pague.

CAPITULO X.

De lo que á Guzmán de Alfarache le sucedió sirviendo al capitán hasta llegar á Italia.

¡Qué agro se me hizo de comenzar! qué pesado de pasar! qué triste de padecer nueva desventura! Mas ya sabia de aquel menester, y en él habia traído los atabales acuestas, presto me hice al trabajo; que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan y vacian como las azacayas, tan presto como suben bajan. Con una cosa quedé consolado, que en tiempo de mi prosperidad gané crédito para la adversidad; y no tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mí conocieron. Mi capitán me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso y no pudo remediarme, porque aun á sí mismo no podía; conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mí conocí luego que me trató, teniendo respeto á quienes debían de ser mis padres. Necesitéme á desnudarme, poniendo altiveces á una parte; volví á vestirme la humildad que con las galas olvidé y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaban bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué; mas que el necesitado se desvanezca, es camaleon, cuanto traga es aire sin sustancia; y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y escandaloso el pobre soberbio. Vi que no la podia sustentar, di en servir al capitán mi señor, de quien poco antes habia sido compañero, hicelo con el cuidado que al cocinero; mandábame con encogimiento, considerando quién era, y que mis escesos, la niñez y mal gobierno de mocedad me habian desbaratado hasta ponerme á servirle, y estaba seguro de mí no haria cosa que desdijese de persona noble por ningun interesse. Teníame por fiel y por callado tanto como sufrido; hizo-me tesoro de su secreto, lo cual siempre le agradecí.

Manifestóme su necesidad y lo que pretendiendo habia gastado; el prolijo tiempo y escesevo trabajo con que lo habia alcanzado, rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso lijero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme que saliendo de palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo dió á entender, dilatándole muchos dias el despacho, haciéndole lastar y padecer. Librenos Dios cuando se juntan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un idolo destes particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio ó con figura dél, y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro, á ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira, hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Así

se avientan algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar, y se divierten como si fuesen eternos, y se entronizan como si la muerte no los hubiese de humillar. ¡Bendito sea Dios, que hay Dios! Bendita sea su misericordia, que previno igualdad de justicias.

Mi capitán me lastimó con su pobreza, porque no sabia con qué remediaria, y tanto cuanto un noble tiene necesidad, tanto se compadece della mas el pobre que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, hacíasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco. En el tiempo que tardaron las galeras, anduvimos por alojamientos. Con la confesion que mi amo me hizo, lo entendí y el fin para que me la hizo; dijele: «ya, señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad; en mis pocos años he dado muchas vueltas; lo que en mi fuere tendré la lealtad que debo á mi señor y á quien soy; vuesa merced se descuide, que arriscaré la vida en su servicio, dando trazas para que, en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo.» Así me encargué de mas que mis fuerzas ni el ingenio prometían. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiracion; en cada alojamiento cogia una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyeron cincuenta; mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en algunas segura de mis manos ni el agua del pozo. Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capon ó palomino á comida y cena, y pernil de tocino entero, cocido en vino cada domingo; nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice, siempre le acudí con todo el pio.

Si en algun asalto me cautivaba el huésped, siendo poco, pasaba por niñería; y si de consideracion, el castigo era cogermé mi amo, en presencia del que se querellaba, y haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado; por ser hueco sonaba mucho y no me dolían; algunas veces habia padrinos y me las perdonaban, mas cuando faltasen, el castigo no era riguroso ni levantaba roncha; y como sabia que me daban mas por cumplir que con gana, sin haberme tocado al sayo levantaba el grito que hundia la casa: desta manera satisfacíamos, él con su obligacion y yo la necesidad, reparando la hambre y sustentando la honra. Salíame por los caminos á tomar bagajes, vendiales el favor, encareciendo á los dueños lo que me costaba volvérselos, pagábalo á dinero; los que nos daban en los lugares, rescataba los que podia, hacíalos escurrizos, y decia que se buyeron. En las muestras y socorros metia cuatro ó seis mozos acomodados del pueblo, pasábanles las plazas; tal vez hubo que, metiendo uno en la iglesia, por cima del osario cinco veces, cobró cinco socorros, y para el postrero le puse un parche sobre las narices por desconocerlo, y cada vez lo trocaba el vestido, porque mi demasia no descubriera la trampa entrevándome la flor. Con estas travesuras y otros embustes, le valia mi persona tanto como cuatro conductas. Estimábame como á su vida; mas era gran gastador, y hacíasele poco.

Llegados á Barcelona para embarcarnos, hallóse fatigado, sin moneda de rey ni traza de buscarla, ni allí podían ser las mias de provecho; sentíto melancólico, triste, desgano; conocite la enfermedad, como médico que otras veces lo habia curado della. Ofrecióseme de improviso su remedio. Llevaba no sé cuáles joyuelas y un *Agnus Dei* de oro muy rico, pesábale deshacerse dello, y dijele: «señor, si de mí se puede hacer confianza, déme ese *Agnus Dei*, que le prometo volvérselo mejorado dentro de dos dias.» Alegróse oyéndome, y (como haciendo burla) me dijo: «¿cuál embeleco tienes ya tratado, Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerías que sueles?» Y porque sabia que se podia fiar de mi habilidad su provecho, y de mi secreto su honra, y que su joya

estaba segura, sin rogárselo muchas veces, me lo dió, diciendo: «quiera Dios que me lo vuelvas y como lo piensas te suceda; veslo ahí.»

Tomélo, metílo en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubon. Fuíme derecho á casa de un platero confeso, gran logrero, que allí había, hícele larga relacion de mi persona, de la manera que vine á la compañía, y lo mucho que en ella en poco tiempo había gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenía, que si me la pagase algo menos de su valor, se la daría; pero que se informase primero de mí, quién era y mi calidad, y en sabiéndolo (sin decir para qué lo preguntaba, teniendo bastante satisfacción) se saliese á la marina, que allí lo esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitán, oficiales y soldados, hallando la relacion que le pareció bastante. Contestaron todos una misma cosa, ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados, muy bien tratada mi persona y con dineros, que todo lo desperdiicé como mozo, quedando perdido cual me via. El confeso salió donde lo esperaba, y me contó lo que le habían dicho; estaba satisfecho, que seguramente podía comprar de mi cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaría por lo que valiese; díjele que nos apartásemos á solas en parte secreta, y allí se la enseñaría. Fuímonos alargando un poco, y donde me pareció lugar conveniente, metí la mano en el seno, y saqué el *Agnus Dei* de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo había pagado. Satisfizo al platero, crecióle la codicia de comprarlo, porque demás que estaba bien obrado, tenía piedras de precio. Pedile por él doscientos escudos, y era muy poco menos lo que había costado de lance. Comenzó á deshacer bajándolo de punto, púsole cien faltas, y ofrecióme mil reales á la primera palabra; resolvíme que habían de ser ciento y cincuenta escudos, y los valía como un real; no quería bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa, sino espere á que suba el comprador á lo en que la puede llevar. Dimos y tomamos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro en oro; parecióme que de allí no subiría, y que bastaban para lo que yo pretendía; rematé-selo.

Bien deseó no apartarse ni dejarme hasta tenerlo pagado, y que me fuese con él. Yo le dije: señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas fué con temor no me tomen este dinero que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme y darme á conocer á deudos míos; y si algún soldado me ve ir con vuesa merced, bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo; y en sintiéndome algunas blancas (como soy muchacho) me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aquí lo espero, vengan los escudos y llevará su joya, que le haga buen provecho, como deseo. Mi razon le cuadró, partió como un potro de carrera hasta su casa por ellos. Yo había dado aviso á un mi compañero (de quien mi amo hacia confianza) que me estuviere esperando; y en dándole una seña, llegase á mi secretamente. Púsose en acecho, y venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano; tenía la joya en la bolsa, hice por quererla desatar; como estaba tan bien añudado no pude. Tenía mi mercante colgada del cinto una caja de cuchillos, pedile uno, él (sin saber para qué) me lo dió, corté la cinta con él, dejando asido el fiudo al jubon como se estaba, y díselo con el *Agnus Dei*. El hombre se admiró, y dijo: ¿para qué había hecho tal? Respondíle: que como no tenía caja ni papel en que dársela envuelta, lo hice, que no importaba, que ya la bolsa era vieja, y no tenía della necesidad, porque aquellos escudos habían de ir cosidos en una faja; él tomó su joya como se la di, metióla en el seno, despedímonos, y fuése; hice á

mi compañero la seña, y en llegando dile los escudos, y aviséle que aguijase con ellos á casa, y dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego.

Así me fui siguiendo á mi platero, y aunque por ir á paso largo me llevaba ventaja, corri tras él hasta tener buena ocasion como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo dél con ambas manos, dando voces: «al ladron, al ladron, señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no lo suelten, ténganlo, quitenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella; y me la hurtó, señores.» Conocíanme los soldados, y como me oyeron, creyeron decia verdad; tuvieron el hombre para saber qué había sido; y porque quien da mas voces tiene mas justicia y vence las mas veces con ellas, yo daba tantas que no le dejaba hablar, y si hablaba, que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas y juntas, las rodillas en el suelo: «señores míos, que me matará el capitán mi señor, compadézcanse de mí.» Dábale lástima mi tribulacion; preguntaron ¿cómo había sido? No le dejé hacer baza; quise ganar por la mano acreditando mi mentira, porque no encajase su verdad; que el oído del hombre, contrayendo matrimonio de presente con la palabra primera que le dan, tarde la repudia, con ella se queda; son las demás concubinas, van de paso, no se asientan; díjeles: «esta mañana se dejó mi señor el *Agnus Dei* á la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púsole en la bolsa, metílo en el seno, y estando con este buen hombre en la marina, lo saqué y se lo enseñé; como era platero preguntéle lo que valía: díjome, que era de cobre dorado, las piedras vidrios, que si lo querian vender; díjele que no, que era de mi amo; preguntóme: ¿y él venderálo? Respondíle: no, señor, dígaselo vuesa merced. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, de dónde venía, y dónde iba, hasta que nos vimos á solas y sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo, que callase ó que me mataría. Sacóme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortóme la cinta, y fuése: búsqúen-selo, por un solo Dios.»

Viendo los soldados la bolsa cortada, miraron al platero, que estaba como muerto, sin saber qué decir; sacaronle el *Agnus Dei* del seno, que lo llevaba en la bolsa como yo se lo había dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo había vendido, y que por mi mano con aquel cuchillo corté la bolsa, y en ella se lo di, dándome por él ciento y veinte escudos de oro; no lo creyeron, pareciéndoles que ni él comprara de mi aquella pieza, pues había de creer ser hurtada, y porque habiéndome mirado y rebuscado no me hallaron dineros; con esta prueba lo maltrataron de obras y palabras, que no le valian las que decia, quitáronselo por fuerza; fuése á quejar á la justicia, parecí presente, y referí el caso segun antes lo había dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habían visto; púsose el negocio en términos que quisieron castigarlo, diéronle una fraterna y echáronle de allí, y á mi me mandaron que llevase á mi amo la joya. Fuíme á la posada, y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traicion aplace, y no el traidor que la hace. Bien puede obrando mal el malo, complacer á quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse dél en mas de aquello que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho; mas dióle cuidado; hallábase bien con mis travesuras, temíase dellas y de mí; con este rescoldo pasó hasta Jénova, donde habiendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió cantonada. Son los malos como las viboras ó alacranes, que en sacando la sustancia dellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos después para

quien son. A pocos dias llegados, me dijo: «mancebico, ya estais en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño; veis aquí para ayuda del camino, partíos luego donde quisieredes.» Dióme algunas monedas de poco valor y unos reales españoles, todo miseria, con que me fui de con él. Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio, ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir

á mi amo lo en que por él me había puesto, las necesidades que le había socorrido, de los trabajos que le había sacado, y tan á mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de si como á miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar allí mi parentela, me di por todo poco; fui-me por la ciudad tomando lengua que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.

LIBRO TERCERO.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIÓ EN ITALIA.

CAPITULO I.

Cómo hallando Guzmán de Alfarache los parientes que buscaba en Jénova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron.

¶ Para los aduladores *no hay rico necio, ni pobre discreto*; porque tienen antojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza y carcomas de la verdad. Reside la adulacion con el pobre, siendo su mayor enemigo, y la pobreza, que no es hija del espíritu, es madre del vituperio, infamia general, disposicion á todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélagos donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, conceja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor y mas caro, su real no vale medio, su sentencia es necesidad, su discrecion locura, su voto escarnio, su hacienda del comun; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído; si lo encuentran, huyen dél; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, qué es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia, su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden; nadie le da, todos le quitan; á nadie debe, y á todos pecha. Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden, y compran el sol de agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios. Cuán al revés corre un rico! Qué viento en popa! Con qué tranquilo mar navega! Qué bonanza de cuidados! Qué descuido de necesidades ajenas! Sus albolies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda; ¿qué guardado el verano del calor! qué empapelado el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necesidades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si prodigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro; sus yerros cubre la tierra, todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer á su gusto, y palabra no pronuncia que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con

lo que quiere sale; es parte, juez y testigo acreditando la mentira; su poder lo hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella; ¿cómo lo acompañan, cómo se llegan, cómo lo festejan, cómo lo engrandecen! ¶

¶ Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre y la vivifica; y así el que no lo tiene es un cuerpo muerto que camina entre los vivos; no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo; ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo. Este camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que *de atrás le viene al garbanzo el pico*; no tiene medio ni remedio; así lo hallamos, así lo dejaremos; no se espere mejor tiempo ni se piense que lo fué el pasado; todo ha sido, es y será una misma cosa. El primero padre fué avevoso; la primera madre mentirosa; el primero hijo ladron y fratricida. ¿Qué hay ahora que no hubo? ¿O qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado consiste solo que de lo presente se sienten los males, y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y si fueron trabajos pasados, alegría el hallarse fuera dellos, como si no hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos, es apacible su frescura, y si llegais á ellos no hay palmo de suelo acomodado para sentaros; todos son hoyos, piedras y basura; lo uno vemos, lo otro se nos olvida. Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias; porque donde faltan el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mi mismo quebranto la lealtad y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo que si cuando á Jénova llegué me considerara, no me arriscara, y si aquella ocasion guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella como sabrás adelante. ¶

Luego, después que dejé á mi amo el capitán, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado que me aborrecieron de muerte; y es de creer que si á su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mismo si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuraron por las obras que me hicieron. A persona no pregunté que no me socorriese con una puñada ó hofeton. El que menos mal me hizo fué, escupiéndome á la cara, decirme: «bellaco, marrano, ¿sois vos jinovés? Hijo sereis de alguna gran mala mujer, que bien se os echa de ver;» y como si mi padre fuera hijo de la tierra ó si hubiera de doscientos años atrás fallecido, no hallé rastro